

Utopía y Naturaleza. El nuevo movimiento ecológico de los campesinos e indígenas de América Latina

Toledo, Víctor M.

Víctor M. Toledo: Especialista mexicano en etnoecología latinoamericana. Investigador científico del Centro de Ecología de la UNAM, Y autor de numerosos ensayos y libros, entre ellos *Naturaleza, producción, cultura* (1990) y *El juego de la supervivencia* (1991).

La especie humana se ve obligada a enfrentar por vez primera en la historia lo que parece ser una amenaza de escala planetaria (la crisis ecológica), y los diferentes sectores sociales se ven obligados a definirse en torno de esta nueva lucha por la supervivencia. ¿Cuál es el significado de las luchas del campesinado, especialmente las de los indígenas, en esta nueva batalla global?; y ¿cómo ellas se están desarrollando en las áreas rurales de Latinoamérica?

Al cierre del siglo XX, cuando la civilización occidental (materialista, A tecnocrática, racionalista) se apresta a tomar al mundo entero entre sus manos, de nuevo emerge una realidad que se comprueba a lo largo y a lo ancho del planeta: la incapacidad de este modelo civilizatorio para detener y resolver los tres problemas nodales del ser humano contemporáneo: el incremento de la pobreza (especial pero no exclusivamente de los países del Tercer Mundo), la expansión de la crisis existencial entre los ciudadanos de las sociedades industriales, y el deterioro ecológico del planeta (Toledo, 1992).

La crisis ecológica a escala planetaria y el nuevo rol del campesinado

Bajo los efectos de la ideología generada por la civilización occidental, el campesinado ha sido siempre un sector «atrasado», «arcaico», «ignorante» e «improductivo», al que hay que desaparecer de la faz de la tierra, única manera de alcanzar la «modernidad rural». Por ello, los campesinos como sector social, con sus modos de producción, sus conocimientos y cosmovisiones, y sus formas de apropiación de la naturaleza, han sido total o parcialmente desplazados de aquellos enclaves del planeta donde el modelo civilizatorio urbano-industrial ha logrado consolidarse. Nadie puede hoy negar el paralelismo alcanzado por la (ex) Unión Soviética y los Es-

tados Unidos (las dos configuraciones extremas de una misma civilización); ambos se propusieron la desaparición del campesinado como vía para realizar el desarrollo rural, de la misma forma que ambos desencadenaron innumerables procesos de destrucción de la naturaleza. Hoy esta visión ha llegado a su fin, de manera concomitante y al mismo ritmo en que la crisis ecológica del planeta se aproxima a su momento más álgido. En efecto, a la luz de una crisis ecológica de escala planetaria cada vez más evidente que amenaza con alcanzar su «hora cero» en las próximas dos o tres décadas, los modelos de desarrollo rural elaborados y aplicados desde el «ojo de occidente», aparecen como uno de los aceleradores más notables de esa crisis.

Como contraparte, las llamadas culturas tradicionales, representantes de todo un conjunto de civilizaciones alternativas (premodernas), que aún dominan sobre buena parte de los espacios rurales del planeta (especialmente en el Tercer Mundo), están destinadas a jugar un papel protagónico del lado de las fuerzas que buscan amortiguar y resolver dicha crisis. Ello es así porque, como lo ha venido demostrando una cada vez más importante corriente de investigadores, las culturas indígenas (hablantes de unas 5.000 lenguas diferentes) son poseedoras de cosmovisiones y modelos cognoscitivos, estrategias tecnológicas y formas de organización social y productiva, más cercanas a lo que se ha visualizado como un manejo ecológicamente adecuado de la naturaleza. Se trata, por supuesto, de un nuevo paradigma que no sólo ha logrado penetrar numerosos círculos académicos, organizaciones ambientalistas y conservacionistas, e incluso grandes fundaciones y agencias internacionales de desarrollo (como el Banco Mundial o la Fundación Rockefeller), sino que, lo que parece más importante, se está filtrando hacia las organizaciones sociales de base y está comenzando a ser materia de discusión de foros indigenistas y de organizaciones campesinas. El paradigma, que en una primera instancia aparece como políticamente inocuo, conlleva, sin embargo, una «supercarga nuclear» de nueva energía para la movilización social del campesinado (especialmente el indígena). Su significado, teórico y práctico, no puede ser más paradójico: los que hasta ahora se consideraban los «condenados de la historia», como diría John Berger [1], se tornan para sorpresa de todos¹, en actores protagónicos de una nueva contienda. Como ya se deja ver (y como se explicará más adelante) ello es así porque las

¹Cuando me refiero a todos ¡hablo efectivamente de todos!, pues el impulso descampesinista incluyó a todo el espectro ideológico de Occidente, desde los tecnócratas hasta buena parte de los marxistas, tal y como se hizo evidente en el debate que tuvo lugar en México durante los 70. Hoy estamos frente al quiebre teórico de muchos supuestos sobre el campesinado. Aunque apenas somos unos cuantos los autores que hemos comenzado a analizar el potencial político que el nuevo paradigma ecológico tiene para las luchas campesinas e indígenas del mundo. Véase: Martínez-Alier/Schlupmann; Sevilla-Guzmán, González de Molina/Sevilla-Guzmán; Toledo (1980, 1988, 1991).

múltiples implicaciones de este nuevo paradigma se traducen en una estrategia política de una muy alta eficacia.

Mientras tanto, en la práctica, la adopción de este nuevo paradigma filosófico y político entre el campesinado está siendo inducida a consecuencia de cinco nuevos fenómenos: a) el cada vez más evidente fracaso de los sistemas productivos modernos (como la Revolución Verde en la agricultura, la ganadería de tipo extensivo o los sistemas de explotación forestal en el trópico); b) la proliferación de consignas tecnoproductivas de inspiración ecológica impulsadas por una nueva generación de investigadores y técnicos (biólogos, agro-ecólogos, forestales, geógrafos, etc.); c) el surgimiento y expansión de innumerables organizaciones no-gubernamentales de carácter alternativo (que en América Latina sobrepasan las 10.000, muchas de ellas con una clara orientación ecológica), trabajando hombro a hombro con las comunidades rurales; d) la aparición de nuevas formas de economía-ecológica que, aunque incipientes, están comenzando a abrir originales canales de circulación que van desde los productores rurales de orientación ecológica hasta los «consumidores verdes» (principalmente del Primer Mundo) demandantes de productos orgánicos; y e) la aparición y el desarrollo de la conciencia y los movimientos ambientalistas, que no obstante estar restringidos a las zonas urbanas alcanzarán a impactar los escenarios rurales y a sus actores.

Latinoamérica

América Latina es, desde el punto de vista ecológico, la porción más húmeda del planeta, la que aloja las mayores masas forestales, y la que encierra la mayor diversidad biológica del globo. En tal sentido ha sido una región favorecida por la evolución orgánica y los eventos geológicos de formación de la tierra. Desde el punto de vista cultural, la región no es menos favorecida: actualmente es habitada por más de 400 grupos étnicos (de los aproximadamente 1.600 que existían a la llegada de los europeos) distribuidos por toda la inmensa variedad de hábitats naturales existentes y en un franco crecimiento demográfico (cuadro 1). Todo ello tras una década de agudo deterioro ecológico y social, que ha dejado al 60% de la población en la pobreza extrema y que ha desencadenado numerosos fenómenos de destrucción ecológica. Por ejemplo, Latinoamérica es el área del planeta que sufre las mayores tasas de deforestación con una pérdida estimada (para 1981-85) de 5,6 millones de hectáreas anuales (FAO-UNEP). No obstante lo anterior, en la región de las paradojas las anteriores tesis acerca del nuevo rol del campesinado parecen estarse cumpliendo. En efecto, como este ensayo habrá de mostrar, América Latina está viviendo un inusitado fenómeno de insurgencia indígena y campesina en un estilo

de lucha donde las reivindicaciones ecológicas están comenzando a formar parte indisoluble del discurso y de la acción. Ello abre una nueva perspectiva bajo cuyo resplandor se iluminan zonas nunca antes visualizadas, y coloca a la realidad, una vez más, por delante de sus intérpretes.

América Latina está viviendo un inusitado fenómeno de insurgencia indígena y campesina en un estilo de lucha donde las reivindicaciones ecológicas están comenzando a formar parte indisoluble del discurso y de la acción.

El caso de México: ¿una revolución silenciosa?

No sorprende descubrir en México un «caldo de cultivo» especialmente propicio para el surgimiento de luchas ecológico-campesinas. En su territorio convergen un amplio mosaico de situaciones ecológicas, la fuerte presencia de un campesinado contemporáneo, y la existencia de más de 50 culturas indígenas con una larga historia de manejo de la naturaleza. A ello habría que agregar que, como consecuencia de las conquistas sociales logradas por el movimiento revolucionario de principios de siglo, las leyes agrarias han dejado en manos del sector campesino enormes porciones de recursos naturales. Hacia 1988, más de tres millones de unidades productivas campesinas (ejidos y comunidades indígenas) poseían la mitad del territorio nacional (unos 95 millones de hectáreas). Esta superficie incluye nada menos que el 70% de las áreas forestales (bosques templados y selvas tropicales) y el 80% de las zonas agrícolas (fundamentalmente de temporal) del país. Por último, actuando como «agentes catalíticos» existe toda una hornada de intelectuales y técnicos originados o ligados a la generación del 68 que, desde sus respectivas disciplinas (agronomía, antropología, biología, geografía), se han involucrado en un sinnúmero de proyectos productivos de carácter alternativo en las áreas rurales.

Cuadro 1

Población indígena en América Latina (según países)

País	Nº Etnias	Pob. 1978	Pob. 1990
México	54	8,04	10,53
Perú	57	6,02	8,09
Guatemala	23	3,73	5,42
Bolivia	46	3,52	4,98
Ecuador	11	2,56	3,75
Chile	3	0,61	0,76
Colombia	67	0,54	0,70
El Salvador	3	0,10	0,50
Argentina	13	0,39	0,47
Brasil	122	0,24	0,32
Venezuela	34	0,20	0,29
Panamá	6	0,12	0,19
Honduras	10	0,10	0,17
Paraguay	17	0,07	0,10
Nicaragua	3	0,04	0,06
Guyana	6	0,03	0,03
Costa Rica	8	0,01	0,02
Belice	2	0,01	0,01
Surinam	5	0,01	0,01
Guyana Francesa	5	0,01	0,01
Total	409	26,41	36,46

Fuentes: Mayer y Masferrer/Varesco
Población en millones de habitantes

Durante los últimos años el número de movimientos campesinos (esencialmente indígenas) de orientación ecológica creció a tal ritmo pero tan sigilosamente que no hubo análisis alguno que lo registrara como nuevo fenómeno político.

En el México rural las luchas campesinas de orientación ecológica han estado presentes desde la década pasada. Registro notable de lo anterior es, por ejemplo, la lucha desarrollada por el llamado Pacto Ribereño que en su momento más álgido llegó a bloquear alrededor de 300 pozos petroleros del centro de Tabasco (entre marzo y noviembre de 1983) resultado de la movilización de más de 30 ejidos y rancherías en contra de la contaminación provocada por la explotación petrolera (Pineda). En la misma perspectiva deben incluirse las movilizaciones de comunidades indígenas pur'hepecha en defensa del Lago de Pátzcuaro iniciadas en 1982, o el movimiento de 22 comunidades zapotecas de la Sierra Norte de Oaxaca por la defensa de sus bosques y sus derechos sobre éstos (llevado a cabo por la ODRENA-SIJ: Organización en Defensa de los Recursos Naturales y Desarrollo Social de la Sierra de Juárez, desde 1980). Destaca asimismo el avance logrado por más de 30 organizaciones campesino-forestales a través de la realización de 10 encuentros nacionales (1983 a 1989) y numerosas declaraciones políticas (Chapela). Durante los últimos años el número de movimientos campesinos (esencialmente indígenas) de orientación ecológica creció a tal ritmo pero tan sigilosamente que no hubo análisis

alguno que lo registrara como nuevo fenómeno político (Quadri; Gerez). Fue por ello mayúscula la sorpresa cuando la realización de dos encuentros nacionales recientes² reveló, de golpe, la existencia de un considerable número de organizaciones regionales y comunitarias comprometidas con toda una gama de luchas de carácter ecológico. Como resultado, en la primavera de 1991 cerca de 20 organizaciones decidieron formar una red nacional, emitir dos declaraciones, y participar con sus representantes en diversos eventos nacionales e internacionales. A ello le han seguido la realización de nuevos encuentros regionales y nacionales, así como la aparición de nuevos movimientos sociales de inspiración ambientalista.

Una primera aproximación con base en la información derivada de los eventos arriba señalados y en un recuento obtenido de diversas fuentes, revela la existencia de unas 30 organizaciones campesinas, la mayoría de carácter indígena (cuadro 2), realizando algún tipo de lucha ambientalista. Estas se distribuyen por prácticamente todas las zonas ecológicas del país, aunque fundamentalmente sobre las zonas de bosques templados y selvas tropicales, y proliferan especialmente en la porción sur del territorio en los Estados de Oaxaca, Chiapas, Yucatán y Quintana Roo. Aunque es difícil de estimar, dados los diferentes niveles de cohesión política que presentan las organizaciones, el número de comunidades tensadas por este nuevo tipo de lucha oscila entre las 300 y 400. La esfera de dominio territorial, real o potencial, oscila de unas cuantas hectáreas hasta enormes superficies: 580.000 hectáreas en Los Chimalapas, Oaxaca; 600.000 en la subregión de Las Cañadas (La Lacandona), Chiapas; alrededor de 300.000 hectáreas en el sur de Quintana Roo. Más impresionante el hecho de que las principales reservas de biosfera del sur del país (Montes Azules, Sian Kaan, Calakmul, Los Chimalapas, Santa Marta), así como algunas del centro (Manantlán) y del norte (El Pinacate), se encuentren rodeadas de movimientos campesinos que demandan participación efectiva en el manejo de estas áreas de conservación biológica. El rasgo más notable se refiere, sin embargo, al hecho de que la mayoría de estos movimientos así como los más exitosos tanto por el número de participantes como por sus logros productivos y de organización son de carácter indígena, un fenómeno que confirma la «predisposición natural» (tanto en términos ideológicos como sociales y tecnoproductivos) de las etnias a adoptar una perspectiva ecológica. Finalmente, el recuento revela toda una gama de actividades y actitudes y, por supuesto, una situación bastante desigual de niveles de organización y claridad política, así como diferentes vías de acceso a la organización (incluida la lograda a través de las comunidades eclesiales de base). En el conjunto

²Se trata del Primer Encuentro Nacional de Agricultura Orgánica celebrado en la ciudad de Oaxaca del 25 al 27 de abril de 1991, y al que asistieron cerca de 200 participantes (la mayoría indígenas); y del Segundo Simposio sobre Pueblos Indios. Recursos Naturales en México (5-9 de junio, 1991), auspiciado por el Instituto Nacional Indigenista, la UNAM y otras instituciones.

existe toda una variedad polícroma: vainilleros, cafetaleros orgánicos, productores forestales templados y tropicales, restauradores de suelos agrícolas, defensores de lagos (Patzcuaro, Chapala, Zirahuén) y ríos, milperos que practican una agricultura ecológica, productores de miel orgánica, comuneros con pretensiones ecoturísticas, manejadores de fauna silvestre, reforestadores. También existen movimientos que se oponen a la edificación de una presa (como el desarrollado recientemente por el Consejo de Pueblos Nahuas del Alto Balsas) o de proyectos turísticos (de acuerdo a la declaración emanada de la I Reunión Regional del Pacífico Sur que aglutinó a 17 organizaciones indígenas de Oaxaca, Guerrero y Chiapas en septiembre de 1991).

Lo que más impresiona, sin embargo, son los altos niveles de organización y de éxito productivo y social alcanzados por las más avanzadas de las organizaciones. Ello incluye el manejo y explotación de bosques templados (Comunidad Indígena de San Juan Nuevo en Michoacán y Unión de Comunidades Forestales de Oaxaca); manejo y explotación de selvas tropicales primarias (Unión de Ejidos Forestales de la Zona Maya y Sociedad de Productores Forestales de Quintana Roo) y secundarias (Unión de Comunidades de Usila, Oaxaca), y producción de café orgánico de exportación (encabezados por la Unión de Comunidades Indígenas de la Región del Istmo - UCIRI - e Indígenas de la Sierra Madre de Motozintla - ISMAM -).

La región amazónica: lucha indígena y conservación tropical

Además de su importancia como pináculo de la diversidad biológica, la región amazónica se ha vuelto un notable escenario político de las luchas indígenas. En principio el hecho sorprende. A diferencia de México, donde los indígenas suman casi 11 millones, arrastran una larga historia de luchas agrarias y se hallan bien integrados al país a través de la agricultura, en la cuenca amazónica cientos de pequeños grupos tribales, muchas veces aislados unos de los otros, apenas alcanzan los 1,5 millones. La geopolítica comienza la explicación y el ecologismo la finaliza: un vistazo a la distribución geográfica de los territorios indígenas revela la presencia de estos grupos por alrededor del 70% de la cuenca (Lizarralde). En Brasil, por ejemplo, la Amazonia aloja al 60% de los 236.000 indígenas del país y representa el 98% de la superficie de las tierras oficialmente reconocidas como sus territorios (Albert). Por otra parte, salvo contados sectores del «ambientalismo puritano», no existe hoy en día ningún conservacionista o ecologista que se oponga a una política que salvaguarde tanto las inmensas riquezas biológicas y forestales de este inmenso territorio (estratégico además para la estabilidad climática del planeta) como los derechos territoriales de sus grupos indígenas. Esta situación ha sido bien entendi-

da y sobre todo bien capitalizada políticamente por sus habitantes milenarios. Hoy, la cuenca amazónica está viviendo no sólo un dramático proceso de deforestación masiva sino un formidable proceso de organización y luchas indígenas bajo una estrategia política en donde el conservacionismo y el uso racional de los ecosistemas tropicales son puntales básicos.

Una de las principales expresiones de este proceso ha sido, sin duda, la creación y el desarrollo de la Coordinadora de Indígenas de la Cuenca Amazónica (COICA), que aglutina 14 federaciones de 5 países y representa virtualmente a la mayor parte de los habitantes indígenas de la cuenca. La COICA ha acudido más de una vez al encuentro de conservacionistas y ambientalistas y ha manejado en sus declaraciones políticas la necesidad de conservar el ecosistema de la región. Destaca, por ejemplo, la reunión que tuvo lugar en Iquitos, Perú, en julio de 1990, y en la cual los dirigentes indígenas realizaron un diálogo franco y hasta ríspido con las principales organizaciones ambientalistas y conservacionistas de los Estados Unidos (Horn). En el mismo sentido debe citarse el encuentro que tuvo lugar durante la Cumbre de Río y en la cual se reunieron cerca de 400 dirigentes indígenas de Brasil. Este evento fue en realidad la continuación de otro anterior que tuvo lugar en febrero de 1989 (I Encuentro de las Naciones Indígenas de Xingú) en la ciudad de Altamira, y el cual reunió además a representantes indígenas de Estados Unidos, Canadá, y México, así como a numerosos ecologistas y periodistas. También deben apuntarse los recientes éxitos políticos del Movimiento Indígena Amazónico, algunos realmente espectaculares. Entre éstos deben citarse la concesión de territorios a los indígenas del Beni en Bolivia (1.160.000 hectáreas) en septiembre de 1990; y a tres grupos étnicos en Ecuador (1.000.000 hectáreas) en mayo de 1992. En ambos casos, tales concesiones fueron el resultado de sendas movilizaciones iniciadas desde los territorios amazónicos y terminadas en las respectivas capitales nacionales (La Paz y Quito). Finalmente debe citarse el reconocimiento que en noviembre de 1991 hizo el gobierno de Brasil a los territorios históricos de los 10.000 indígenas Yanomami (en la frontera con Venezuela), y que incluyó una inmensa superficie de más de 8 millones de hectáreas. Esta concesión tuvo lugar tras casi dos décadas de litigio y con la franca oposición del sector más conservador de los militares brasileños (Albert). El hecho tiene una importancia estratégica para la política de la región, si se considera que en Brasil solamente el 45% de los 526 territorios indígenas demandados han sido atendidos y resueltos. En todos estos sucesos, la presión y el apoyo nacional e internacional del movimiento ambientalista y conservacionista fueron elementos determinantes.

Indígenas y bosques: el manejo comunitario del recurso forestal

En una región agobiada por la deforestación, la búsqueda de formas adecuadas de uso y manejo de los bosques y selvas se ha convertido en una tarea primordial (Kiernan et al.). Ello significa la adopción de una silvicultura que garantice un uso conservacionista o no destructivo de las inmensas reservas forestales de la región. Desde la perspectiva campesina e indígena, poseedora real o virtual de enormes extensiones arboladas de la región, el reto tiene también un significado adicional. Se debe demostrar que los territorios bajo usufructo campesino pueden ser eficientemente manejados bajo una modalidad diferente (e incluso antagónica), a las formas «normales» de producción forestal: el uso comunitario. En esta perspectiva, se debe consignar la existencia de una decena de experiencias de manejo forestal comunitario en la región (cuadro 2). Esto es, proyectos productivos donde las comunidades indígenas o campesinas han tomado pleno control de sus recursos y de los procesos de producción forestales, en colaboración o con el apoyo de organizaciones no-gubernamentales, centros de investigación u organizaciones estatales o internacionales. La panorámica indica que se trata de experiencias recientes (la mayoría surgidas a mediados de los 80) y todavía circunscritas a pocos países (Brasil, Perú, Costa Rica, Honduras y especialmente Bolivia y México). Sin embargo, y aunque en conjunto las experiencias parecen mostrar diferentes niveles de éxito económico y ecológico, cada una representa una prometedora vía hacia el uso autogestionario de los recursos. En esencia se trata de una modalidad productiva que bien podemos llamar económico-ecológica, donde al uso ambientalmente adecuado del recurso se suma un fenómeno de acumulación comunitaria donde la ganancia es socialmente repartida, y un proceso de organización democrática basada en el consenso de la colectividad. En sus versiones más exitosas, por ejemplo la de la comunidad indígena de San Juan Nuevo en Michoacán, México (Alvarez-Icaza), o la Cooperativa Forestal Yanessa en Perú (More; Ocaña-Vidal), estas experiencias están mostrando que es posible capitalizar a las comunidades rurales con base en el uso de tecnologías y formas de administración modernas, manteniendo tanto el control comunitario como el uso ecológicamente correcto del recurso.

Cuadro 2

Principales proyectos forestales de manejo comunal en América Latina

Proyecto	Región	Año Inicio	Superf. (Has.)	Fuente
Proyecto Chimanes	Dep.del Beni (Bolivia)	1988	578.000	1
Proyecto CICOL	Dep.Sta. Cruz (Bolivia)	1984	130.000	2
Reserva Extractiva Chico Mendes	Región Amazónica (Brasil)	1985	?	2
Proyecto Boscosa	Península Osa (Costa Rica)	1988	700	2
Cooperativa Forestal Yanesha	Valle de Paicazú (Perú)	1985	35.000	3
Plan Piloto Forestal	Chetumal-Q.Roo (México)	1983	100.000	4-5
Organización de Ejidos Forestales de la Zona Maya	Carrillo Puerto-Q. Roo	1985	155.000	4-5
UZACHI	Sierra de Juárez, Oaxaca (México)	1989	?	4
Usila (Comunidades Chinantecas)	La Chinantla, Oaxaca (México)	1988	?	5
San Juan Nuevo	Michoacán (México)	1981	18.000	6
FEHCAFOR	El Paraíso (Honduras)	1980	?	7

Fuentes: 1. Rioja; 2. Kiernan, et al.; 3. Ocaña-Vidal, More; 4. Bray; 5. Toledo; 1991; 6. Álvarez-Icaza; 7. Stanley.

El movimiento ecológico-político como superación de la lucha campesina e indígena

Desde el punto de vista de la teoría política, una distinción clave en las luchas campesinas contemporáneas es aquella que separa, por un lado, las luchas por el territorio, es decir, las movilizaciones demandantes de propiedad agraria, y por el otro, las luchas por el control del proceso productivo, esto es, por la autogestión económica y política. En general, las primeras han antecedido históricamente a las segundas, además de que está demostrado que el otorgamiento de propiedades a través de las reformas agrarias no ha sido un elemento suficiente en la emancipación económica y social del campesinado del Tercer Mundo (Powelson/Stock), obligando a iniciar las luchas de carácter autogestivo. Los fenómenos que hemos reseñado para el caso de Latinoamérica nos animan a argumentar en favor de la existencia de un tercer tipo de lucha, cualitativamente diferente y, sobre todo, portador de una perspectiva nunca antes visualizada por los analistas de la politología campesina. En estos nuevos movimientos, la transformación de la naturaleza, que nunca estuvo ausente sino que se volvió invisible, en objeto y sujeto de la lucha política, conlleva un salto ideológico porque entre otras cosas restablece la presencia de los